



LA GUERRA DE LOS NIÑOS (Memorias ingenuas)

FELIPE GURRUCHAGA

(Este año, los responsables de la Revista no nos han ayudado con sugerencias temáticas de carácter monográfico, como lo hacían en años anteriores. Sin embargo nos recordaron que, precisamente en el mes de julio se producía el 50º aniversario de la Guerra Civil.

Y después de escrito me doy cuenta de que las mayúsculas que acabo de poner o el artículo determinado «la»—como si no hubiera habido otras guerras civiles—empiezan a perder sentido, a ser cosa de viejos...)

Y con esta evocación y alrededor de un tema que me preocupa de siempre, como es la educación colectiva, voy a humedecer un poco los colores ya un tanto apagados de mis recuerdos...

... Procedente de Arragua (Oyarzun) llegué a Rentería hacia 1937. No recuerdo bien el año, pero desde luego fue en plena guerra civil.

Fui a vivir al Barrio de Castaño. Idílico entonces: en pleno campo, con alrededor de una docena de casas. Nos costó llegar a Echave-enea, pues no pudimos pasar el camión con los muebles bajo las vías de «la maquinilla» del tren minero de Ardi Iturri (la vía Vitorri, como la conocíamos los chavales). Se nos hizo de noche y llovía a mares. Descargamos en Cocheras y allí nos amontonamos, familia y muebles, como en una película neorrealista italiana, hasta que mi padre, linterna en mano, nos instaló en el suelo de casa, sobre unos colchones. Cuando me desperté, la casa estaba llena de muebles...

... Salté a la calle. Es una manera de llamarla, pues en realidad allí no había calle. Y aterricé en plena guerra. (Aquí tengo que añadir que yo era más un niño de San Sebastián que un chaval de Oyarzun). Me quedé fascinado: «Los de Castaño» sostenían una feroz batalla a pedradas contra «los de Calle Arriba». Nadie me pregunte el por qué; nunca lo he sabido, ni creo que nadie lo supiera.

Las guerras de barrios hasta en eso imitan a las de verdad: «el pueblo» apenas se entera de por qué pelea.

Mis informantes estaban excitadísimos y en plena tensión de combate. Iban cargados hacia el Kasko de Arramendi y eran los encargados de suministrar munición. Llevaban unas angarillas hechas con dos palos y una chapa de hojalata, cargadas de gruesas piedras, como puños de niño, que suministraba abundante la vía del Topo.

Les seguí hasta el caserío de Juantene y allí vi los primeros heridos sangrando de verdad. Al parecer «habíamos» ganado la guerra y los de Calle Arriba huían en desbandada por el Kasko de Arramendi. Se decía que habían perdido ¿una ballesta? que nunca llegamos a ver y de la que se hablaba en términos míticos, ya que equivaldría a un misil de los de hoy a juzgar por los aspavientos de los que lo contaban.

Confieso que todo aquello, además de emoción, me producía cierto canguelo.

Los juegos de guerra eran variados. En Rentería, en terrenos abiertos, a pedradas y con sangre de verdad. En San Sebastián, en lugares cerrados, a refugios y hospitales, con sangre pintada con barras de labios y... enfermeras.

Pero las guerras de los niños, eran guerras sin odios. Se anunciaban con días de anticipación «para el jueves por la tarde». Al día siguiente de una sangrienta guerra, todos estábamos juntos jugando a cualquier otra cosa: canicas, santos, banas... lo que estuviera de moda.

Tampoco recuerdo muy bien cómo hacíamos para tener tantas balas con y sin pólvora. Pero todos los niños teníamos casquillos y balas. La diferencia estaba en que los casquillos se podían enseñar en casa, mientras que las balas había que ocultarlas a los mayores y esto le daba cierta emoción a llevar una calentita en el bolsillo...

Cuando «los nacionales» tomaban una población sonaban las campanas de la parroquia y «los frailes» (así se llamaban a los del Sagrado Corazón) nos daban fiesta inmediatamente y llenábamos la Alameda con nuestros juegos. (Esto era un buen recuerdo de guerra y que por supuesto entraba entre los trucos del servicio de propaganda para hacernos gratas sus victorias). La Alameda era entonces un lugar magnífico, frente a los frailes, con unos gigantescos castaños de Indias y por cuyo límite norte discurría el río Oyarzun, encajonado entre unos pretiles, remontados por una barandilla de hierro, rota en muchos puntos. Roturas que un día me costaron un súbito chapuzón, cuando más emocionados estábamos, hundiéndose gabarras de papel...

Recuerdo en Castaño, el cuartel de «Todo por la Patria» y los «batallones de trabajadores» que hacían (de hormigón) la carretera nacional. Eran buena gente (¡cómo no iban a serlo!), pero tenían la condición de presos y «rojos» y se tenía un cierto reparo en confraternizar con ellos, al menos la gente mayor le echaba cierto misterio a la cosa.

Y luego, al crecer, te das cuenta de que has recordado lo bueno o divertido; como niño de familia en que no se mentaba el tema político. Pero cuántas realidades diferentes: Mi tío Emilio, muerto a sus diecinueve años, de un tiro, el primer día que llegó al frente, en

Vizcaya, con un batallón de gudarís. Y cuántos otros niños que vieron sacar a sus padres de casa, bajo la amenaza horrible de una pistola... O como me recordaba esta semana «una niña» (hoy cincuenta y cinco años), que las balas les entraban en el caserío procedentes del fuerte de San Marcos y la que atravesó la falda de su madre cuando escapaban... y los muertos caídos de bruces en la erreka, a los que volteaban con el pie para verles la cara...

Así, de mayor, la guerra es un poso amargo que tarda en secarse. Oyes a mucha gente diciendo «cuando esto dé la vuelta...». Y ves los que regresan de Francia... y no ves los que no regresan de ninguna parte porque nunca podrán regresar... y los que ni siquiera tendrán una lápida, como mi tío Emilio. Y años estudiando Historia en libros apañados para que no se te borre: «los rojos... malos». Y más tarde los alemanes: nazis; los Aliados: buenos. Los Americanos: los paladines de la libertad... Y recuerdas los viajes a Francia para comprar en secreto los libros del Ruedo Ibérico...

Han pasado cincuenta años. A nuestros hijos, la guerra civil ni les dice nada, ni parece interesarles que se la contemos. Pero una pregunta me preocupa: si ni los padres de nuestros padres, ni nuestros propios padres, pudieron enseñarnos el «no matarás», ¿cómo vamos a poder enseñarlo a nuestros hijos si todavía seguimos jugando a las guerras de verdad?...

MEMORIA DE UNA RENTERIA LEJANA

SANTIAGO AIZARNA

Por la calle Viteri—¡corazón!—se aureola la memoria de esta Rentería de mis años infantiles, zozobra de lecciones mal aprendidas, pugnante y pungente acoso de una lengua que se resiste, Gramática de Edelvives que nos habla del artículo y del adjetivo y del pronombre y de los verbos, mácula de la Aritmética de G. Bruño en nuestras limpidas y vírgenes mentes, páramos de Geografía siempre inconclusa, gestos siempre arriscados de Historia tenaz... Pero había un libro en nuestra bolsa de materiales que me encandilaba. Quisiera encontrar desde el aquí de esta edad—vuelo de alternativas y posibilidades retazadas—la soberana elipsis de aquella otra, la parábola ambiciosa de una imaginación en ciernes que siempre logra atar y fundir, sin nunca confundir, dos dimensiones perplejas: la maravilla del soñar y el gozo de tocar este sueño. En ese libro de que hablo, lecciones de cosas y de la naturaleza, se caminaba por el alto sendero de las iluminaciones intuitivas, balancín de aventuras espirituales que se proponen, senderos de una tierra ignota y misteriosa y en donde bullen la magia de los hombres y de las cosas, de la flora y de la fauna, de las mil proyecciones del cosmos, pioneros de tierras vírgenes, conquistadores, piratas..., todo aquello que en la imaginación cobra reverberos de maravilla, Amundsen explorando el polo, piratas de distintas épocas y calañas (desde Barbarroja y Dragut a Morgan y Drake pasando por el capitán Kidd y Mary Read), reyes, déspotas, esclavos, tiranos, una luz de lo insólito brillando en la oscura cotidianidad de un muchacho que sólo contaba con la potencia de soñar y la posibilidad de leer...

Es una Rentería de plurales guiones la que se nos propone a la evocación. De la calle Viteri—¡corazón!—surge la gloriosa fanfarria del tranvía blanco que, por gala y juego, por servicio y retozo o acaso porque se le quiere encerrar y pide salida, da una vuelta casi plenamente circular por la Alameda y como que se encabrita queriendo ganar la libre promesa de la carretera, mientras desde el otro lado le ven alejarse aquellos bancos de alicatados, violeta publicitaria de aguas minerales, parada y partida de autobuses, humos dormidos en la quieta altura del valle, pregón del río en las pituitarias desprevenidas, y más allá, también sobre el río que renquea entre desmontes, el parque rústico o salvaje que alguna vez al año amanece de castañas pilongas, geografía de juegos para la bizarra travesura de los muchachos, crecida dimensión de posibilidades para jubilados que, mirado todo desde la distancia, parece que no existían, tiempo de jubilados en el presente por cualquier rincón de la convivencia, esquinas de calles como asaltos, quioscos sin

música y con prensa, surtidores de agua, mamás que hilan el jersey en el punto de las charlas insustanciales...

Barzonea a medio metro del asfalto, cálido de sus efluvios, un viento sureño algo pirata. Se anima la farándula multitudinaria y se estremece la patulea colorista de las gentes...

Todo lo ve el niño rural con ojos en donde la admiración puntúa las góticas farolas del prodigio nunca visto. Y, como una respuesta bronca de su marginación, arranca del pedal que duerme bajo sus pies una magia de velocidad pura. Será en adelante una brizna de recuerdo que se le habrá quedado prendido en el almacén de los encantamientos.

Algo de esa Rentería mágica, crisol de gentes, hervor de trabajos, andanzas de escolar, me queda en la rememoración. Tan remoto este recuerdo que casi sería imposible reconocerlo en la Rentería de hoy, siendo la misma. Porque si algo cambió la esquina, el rincón, los árboles, los comercios, mucho más ha cambiado este ojo que la vio y la ve, imágenes que se yuxtaponen pero que no se ajustan, recuerdos que nos quieren enviar a una lejana región de ecos que nos cuesta interpretar, porque en eso consiste la vejez acaso, en ver que lo cierto se vuelve confuso, lo conocido en ignorado, lo amado en indiferente, lo poseído en desligado, la alegría en tristeza, el presente en nostalgia...

Por el filo de hace cincuenta años conoci esta Rentería que evoco. En un primer momento acaso no fue para mí otra cosa toda ella, que una inmensa fábrica de galletas; luego, según mis necesidades de ella, una escuela, una peluquería a cuyo suelo iban a parar mis guedejas de niño, unos sabrosos pasteles como pago a este sacrificio, el largo itinerario de una primavera asomada al camino de nuestras bicicletas familiares...

Seguramente hay mucho camino recorrido de aquella Rentería a la de hoy, más urgida en prisas, más crecida en gentes, más desarrollada en comercios...

Acaso, ni siquiera es posible verla recibiendo la marea del trabajo, la esperanza de la miseria, la ambición de los brazos que no quieren rendirse ante el esfuerzo...

Habría mucho que contar de un pueblo que creció y se desbordó en muy poco tiempo, que sufrió de gigantismo... pero, seguramente, desde esta larga visión de distancias, parece que es mejor evocarla en el silencio, como lugar que sólo al que evoca le pertenece...